

La dualidad glocalizadora del deporte contemporáneo*



MANUEL GARCÍA FERRANDO

Catedrático de Sociología
 Universidad de Valencia
garferra@uv.es

Resumen

En el presente trabajo se realiza un balance del debate actual, en el ámbito de la sociología del deporte, sobre globalización y deporte, argumentando que el avance mundial del deporte en estos comienzos del siglo XXI, se entiende mejor en términos del fenómeno de glocalización, esto es, como un proceso mediante el cual las demandas y fuerzas globales se conforman o adaptan a las condiciones locales (Robertson), contribuyendo de este modo a la producción de “localidad” y “comunidad”, y a la emergencia de identidades nacionales. Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, el Campeonato de Fútbol Euro 93, y el Campeonato del Mundo de Fútbol Corea-Japón 2002, se presentan como ejemplos del carácter dual y paradójico del deporte contemporáneo en su capacidad de reforzamiento de identidades locales-nacionales, al tiempo que fomenta crecientemente megaeventos de alcance mundial.

Palabras clave

Globalización; Glocalización; Mundialización; Megaeventos deportivos; Identidades locales-nacionales.

Abstract

The Glocalising Duality of Contemporary Sport

This paper assesses the current debate, in the sphere of the sociology of sport, on globalisation and sport, arguing that the advance of world sport now at the beginning of the 21st century is better understood in terms of the phenomenon of glocalisation, that is, as a process by which global demands and forces conform or adapt to local conditions (Robertson), contributing in this way to the production of “township” and “community”, and to the emergence of national identities. The Olympic Games of Barcelona 1991, the European Football Championship 1993 and the World Cup Football Championship Korea-Japan 2002 are presented as examples of the dual and paradoxical character of contemporary sport in its capacity of reinforcing local-national identities, while increasingly promoting world-wide mega-events.

Key words

Globalisation; Glocalisation, Mondialisation, Sports mega-events, Local-national identities.

La resonancia global del deporte

Como metáfora del avance de la globalización, el deporte y especialmente las manifestaciones espectaculares de los megaeventos deportivos aparecen, cada vez con mayor frecuencia, en los medios de comunicación y en los discursos políticos convencionales (Horne y Manzenreiter, 2006). Y es que si se emplea el término globalización o su equivalente mundialización en su sentido mitológico (Ferguson, 1992), esto es, como algo que se refiere a fenómenos de gran escala de naturaleza culturalmente homogeneizadora, se puede afirmar que el deporte, en sus variadas formas y organizaciones, de-rocha globalización o mundialización por todas partes:

en el número de practicantes y espectadores, en el de equipos nacionales que participan en los Juegos Olímpicos y en los campeonatos del mundo de los deportes más populares como el atletismo o el fútbol, en las cifras de negocios que movilizan las industrias de equipamiento y materiales deportivos o las actividades de patrocinio y publicidad, o en el número de practicantes que realizan actividades físico-deportivas como aventura, entretenimiento o salud (Cagigal, 1981; García Ferrando, 2003).

El deporte, a lo largo del siglo XX y en estos comienzos del siglo XXI, se ha ido consolidando como un fenómeno social que, en sus diferentes manifestaciones de deporte-competición y deporte-espectáculo, deporte-sa-

* Los temas que se tratan en el presente trabajo han sido estudiados previamente en dos artículos con los títulos de Mundialización y deporte profesional (García Ferrando, 2003) y Globalización y deporte: paradojas de la glocalización (García Ferrando, 2005).



La globalización no es un proceso superador de lo local. Los castellers, torres humanas típicas de Cataluña, son un buen ejemplo de ello. (Foto: <http://www.flickr.com/photos/onsortir/3231545897/>)

lud, deporte-entretenimiento, deporte-ocio, deporte-moda o estilo de vida, deporte-consumo, deporte de riesgo, y un largo etcétera de manifestaciones deportivas (García Ferrando y Lagardera, 2002), ha conseguido adentrarse en el tejido social en primera lugar de las sociedades europeas, para hacerlo posterior y progresivamente en prácticamente todos los países del mundo. En este largo proceso, se han ido conformando actitudes, hábitos, prácticas e instituciones sociales que han acercado la cultura deportiva a grandes masas de la población mundial, convirtiendo de este modo el deporte en uno de los grandes protagonistas mediáticos de las sociedades contemporáneas (García Ferrando, 2001).

Aunque no existe duda alguna de que la amplia difusión del deporte y de las instituciones que le acompañan, resuena con fuerza en prácticamente todo el mundo (Maguire, 1999), el carácter preciso de las implicaciones de su difusión global no es tan obvio. Y ello es así tanto por la diversidad de las formas culturales que adopta el deporte, como por la amplia diversidad de significados del propio concepto de globalización.

Por eso no es de extrañar que desde hace unos pocos años, un número creciente de sociólogos del deporte ha-

yan comenzado a cuestionar que las grandes manifestaciones mediáticas del deporte por un lado y, por otro, las diversas formas que tienen las poblaciones, consideradas local o nacionalmente, de relacionarse con el propio deporte y de conformar culturas deportivas con significado local o nacional propios, sean un ejemplo de mundialización o globalización (Cheng, 2003; Donnelly, 1996; Greenfeld, 1992; Maguire, 1993; Roche, 2000; Silk, 1999). Incluso se ha llegado a considerar que la propia evolución del deporte en el mundo contemporáneo es, más bien, una negación del proyecto de globalización o mundialización en su sentido más pleno (Rowe, 2003).

Con diversos matices, los anteriores autores argumentan su cuestionamiento del carácter globalizador del deporte, basándose en el papel que desempeña el deporte, cada vez con mayor intensidad, en la construcción de las identidades político-nacionales en prácticamente todo el mundo. También se suele señalar la paradoja de que la competición olímpica, símbolo del gigantismo globalizador del deporte, venga intensificando, desde sus inicios a finales del siglo XIX, el patriotismo de las naciones participantes lo que no impide, sin embargo, el reforzamiento del internacionalismo que acompaña a la extensión del movimiento olímpico (Mandell, 1971).

En el presente trabajo se realiza un balance del debate actual sobre globalización y deporte, y se argumenta que el avance mundial del deporte en las sociedades posmodernas se entiende mejor en términos del fenómeno de *glocalización*, y del propio carácter esencialmente paradójico que caracteriza desde sus inicios al desarrollo del deporte como fenómeno de masas.

El deporte como paradigma de la glocalización

El rechazo que se viene produciendo entre los sociólogos más críticos a la tesis de que el deporte sea uno de los ejemplos más obvios de los procesos globalizadores, se fundamenta, básicamente, en la evidencia empírica acumulada en las últimas décadas al estudiar los procesos sociales que conducen a que equipos deportivos de ámbito nacional, regional o local, se conviertan en mecanismos adaptativos que sustituyen a los deteriorados símbolos tradicionales que han sido durante muchos siglos fuentes incuestionables de identidad social. Convertido el deporte de este modo, como diría Salvador Giner, en una profana religión civil (Giner, 1987), parece difícil continuar utilizando el argumento del deporte como un ejemplo de avance de los procesos de mundialización.

Pero un rechazo tal, parte de una concepción mitológica y sesgada acerca del significado que debe atribuirse a la verdadera idea de mundialización o globalización. Porque si se acota con mayor precisión el propio campo de lo global como propone Robertson (2000), y se reconoce como hace Salvador Giner (1997), que la mundialización es un vasto proceso histórico que está conduciendo a que el mundo empiece a ser uno y diverso a un tiempo, se podrá aceptar que la globalización no es un proceso superador de lo local, y que lo local no es una oposición o resistencia a lo hegemónicamente mundial o global.

Más bien al contrario, lo que ocurre realmente es que lo cosmopolita no puede darse sin lo local, y que la emergencia de todas las identidades nacionales, que sería la forma más común y sobresaliente de particularismo en el mundo moderno, se ha producido como parte de un proceso esencialmente universal. Por eso insiste Robertson (1992) en que la globalización ha implicado la reconstrucción, y en cierto sentido la producción de “localidad” y “comunidad”, por lo que lo local puede ser considerado como un aspecto de la mundialización o globalización, ya que ésta presupone la simultaneidad y la interpretación de lo que convencionalmente se denomina lo global y lo local. En tal sentido, la *glocalización* en tanto que proceso mediante el cual las demandas y fuerzas globales se conforman o adaptan a las condiciones locales, es un concepto intercambiable con el de globalización con lo que si se utilizara con más frecuencia el término *glocalización* se podría evitar el uso abusivo y tópico que se hace del término, ya polisémico, de globalización, respetando en su sentido más preciso el término de mundialización.

Entendiendo de este modo la idea de cultura global como si estuviera constituida por la progresiva interconexión de muchas culturas locales, grandes o pequeñas, como propone Robertson (2000), se puede considerar igualmente al deporte global como la interconexión de muchos deportes locales, interconexión que evidentemente no presupone la homogeneización de todas las formas y manifestaciones del deporte.

Lo que ocurre en realidad es que las unidades locales, en nuestro caso las formas en que operan los deportes locales, están construidas en gran manera en términos de acciones y procesos extra-unidad como sugiere Robertson. En otras palabras, las ligas y campeonatos de los deportes con mayor implantación universal, así como la estructuración de los equipos deportivos, las formas de patrocinio y financiación que los sostienen y la más o menos libre circulación internacional de deportistas profesionales o de élite, se encuentra todo ello re-

ferido a dinámicas globales crecientes. Los mecanismos identitarios que conducen a los equipos deportivos nacionales o locales a ser representantes privilegiados aunque vicarios de la nación o de la localidad –regional, de la ciudad o de otro ámbito– son muy similares a través del mundo entero.

El deporte contemporáneo ha seguido ritmos parecidos en la estandarización del espacio-tiempo a los que han conducido a la sociedad en general a alcanzar los actuales niveles de globalidad o mundialización, pues no en balde el deporte es un producto genuino de la primera revolución industrial y urbana (García Ferrando, 1990). Las principales federaciones deportivas internacionales se crearon entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y muy pronto comenzaron a organizar concursos, ligas y campeonatos que vinculaban los equipos o selecciones deportivas locales (o nacionales) sobre una base internacional o ecuménica. En este último sentido, los Juegos Olímpicos desde su refundación por el barón Pierre de Coubertin en la última década del siglo XIX, se han configurado como uno de los acontecimientos internacionales o transculturales que, al igual que las Exposiciones Internacionales que se crearon también en este periodo, y que en algunos casos coinciden en la misma ciudad en su realización, “celebran las diferencias y buscan lo común dentro de la estructura de una cultura emergente para, de este modo, relacionar lo particular y lo universal” (Robertson, 2000, p. 231).

Como ejemplos de los modos en que la mundialización o globalización del deporte sigue dos tendencias sólo aparentemente opuestas, la homogeneización y la heterogeneización, esto es, la *glocalización* en suma, se estudian en el presente trabajo los casos de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, el Campeonato Europeo de Fútbol Inglaterra 96 y el Campeonato del Mundo de Fútbol Corea/Japón 2002. En estos tres casos aparece con toda nitidez la paradoja *glocalizadora* del deporte, un fenómeno social cada vez más influenciado por las tendencias globalizadoras en las sociedades modernas, al tiempo que no deja de reforzar su doble función de articular, en los ámbitos locales/nacionales, identidad personal e identidad colectiva (Giddens, 1995).

Los Juegos de Barcelona 92 y el reforzamiento de nacionalismos incluyentes

La preparación y desarrollo de los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 y el impacto que tuvieron en la opi-



Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 se han convertido en un excelente ejemplo de la influencia del olimpismo en el reforzamiento simultáneo de dos identidades nacionales. (Foto: Fundació Barcelona Olímpica)

nión pública española, representan un claro ejemplo del carácter glocalizador de un megaevento deportivo como es la celebración de unos Juegos Olímpicos de Verano. Igualmente proporcionan una excelente oportunidad para conocer mejor la dinámica de la identidad nacional española y de los procesos de integración nacional, en el marco de los intereses nacionales que surgieron entre el centro y la periferia en torno a los Juegos.

Aunque los Juegos de Barcelona no eran los primeros que se celebraban en un país en el que existía previamente un conflicto de carácter nacionalista, se han convertido sin embargo en un excelente ejemplo de la influencia del olimpismo en el reforzamiento simultáneo de dos identidades nacionales que coexisten en un mismo Estado en un marco de conflicto potencial. Esta polarización en términos nacionalistas de dos identidades enfrentadas se mantuvo bastante limitada tanto en el largo periodo de preparación de los Juegos, así como en los cortos pero intensos días de celebración de los mismos, gracias al predominio de una identidad nacional dual e incluyente frente a identidades únicas y excluyentes en el conjunto de las Comunidades Autónomas que forman España, incluida Cataluña (García Ferrando, López Aranguren y Beltrán, 1994). En consecuencia, los Juegos Olímpicos no sólo polarizaron las relaciones entre Cataluña y España, como también sirvieron para reconciliar sus antagonismos, manteniendo así un equilibrio de poder frágil y delicado en la España de las Autonomías (CIS, 1992).

El análisis de los resultados de una encuesta llevada a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas poco después de la celebración de los Juegos, permite evaluar los acontecimientos que condujeron, separada y

simultáneamente, a reforzar la identidad española y la identidad catalana, al tiempo que algunos de ellos pusieron de manifiesto que la tensión existente entre España y Cataluña sigue vigente y con ello, el peligro de que las dos identidades duales, la española y la catalana, se fragmenten, con el consiguiente peligro de polarización de ambas identidades en un contexto menos favorable que el de los Juegos Olímpicos de 1992 (Hargreaves y García Ferrando, 1997, p. 86).

En un contexto de opinión pública previo a la celebración de los Juegos en el que predominaba la idea de que Barcelona y Cataluña iban a ser las más beneficiadas, mientras que el resto de España iba a notar menos el impacto de los Juegos (García Ferrando, 1990), el notable éxito organizacional que tuvieron posteriormente los Juegos, la gran actuación del equipo español, así como la ausencia de conflictos durante su celebración, contribuyeron a que los Juegos fueran posteriormente percibidos de forma muy favorable tanto en Cataluña como en el resto de España.

A la creación de esta opinión favorable contribuyó notablemente el papel desempeñado por el Rey y el resto de la familia real durante la celebración de los Juegos. Una mayoría amplia del 88% de los entrevistados tanto en Cataluña como en el resto de España, evaluó muy favorablemente la actuación de la familia real, por lo que al ser la monarquía el símbolo más importante de la unidad e integridad del Estado español, los Juegos, en este sentido, contribuyeron a reforzar la identidad nacional española (García Ferrando y Hargreaves, 2001, p. 79).

La percepción del éxito organizacional de los Juegos fue muy favorable en toda España, aunque de manera especial en Cataluña. El 94% de los catalanes y el 85% del resto de los españoles consideraron que los Juegos tuvieron un claro éxito organizacional, lo que indica un elevado sentido del orgullo local. Se trata de una percepción favorable que superaba las expectativas que se habían creado durante la organización de los Juegos. El 79% de catalanes y el 65% del resto de españoles reconocieron que los resultados de los Juegos fueron mejores de lo que esperaban, lo que pone de manifiesto que estaba infundado el miedo a que los Juegos se estropearan por una pobre organización o que se interrumpieran debido a las hostilidades nacionalistas o al terrorismo (Hargreaves y García Ferrando, *op. cit.*, pp. 75 y ss.).

El consenso fue también amplio en el reconocimiento de que tanto España como Cataluña habían proyectado una imagen favorable en el extranjero, en términos de eficiencia, seguridad y modernidad. Aproximadamente

el 80% de ambos públicos evaluaron en términos positivos dicha imagen, lo que revela quizás una autoconfianza recién descubierta acerca de que España es un país moderno que puede ocupar un lugar digno junto al resto de países avanzados.

En la evaluación del nivel de esfuerzo hecho por las instituciones públicas para conseguir el éxito de los Juegos, la contribución económica a su organización y de qué forma los Juegos reforzaron las imágenes públicas de las referidas instituciones, es decir, cuando se pidió a los encuestados hacer unos juicios políticos más explícitos, las diferencias se hicieron más pronunciadas y el consenso menos firme. Así, los encuestados del resto de España no ven mucha diferencia en los esfuerzos hechos por los tres Gobiernos, el central, el catalán y el municipal, mientras que en Cataluña se valoró de forma más positiva el papel de los gobiernos autonómico y municipal, en detrimento del esfuerzo realizado por el gobierno central. Los medios de comunicación catalanes realzaron en todo momento los esfuerzos locales en detrimento de la contribución del gobierno central, que en cierto modo fue dejada de lado, mientras que en los medios de comunicación de Madrid se ofreció una imagen más equilibrada, sin destacar especialmente los esfuerzos del gobierno central.

Pero el tema que ha producido la máxima polarización y que apunta hacia una continuación del problema de la integración nacional en España, es el referente al uso de símbolos catalanes en los Juegos tales como el empleo del catalán como una de las lenguas oficiales y la utilización de la bandera catalana y del himno nacional, lo que significaba de hecho la concesión, en el protocolo de los Juegos, del mismo estatus a los símbolos catalanes que a los símbolos nacionales españoles. En este sentido, la evaluación que realizan catalanes y el resto de los españoles sobre la catalanización de los Juegos es bien diferente, lo que viene a dar continuidad al precario acuerdo al que llegaron las autoridades de los tres niveles de gobierno después de una lucha prolongada en la que los nacionalistas catalanes apostaron bastante fuerte.

En efecto, mientras que en el referido estudio del CIS (1992) más del 80% de los catalanes son de la opinión de que el uso del catalán como lengua oficial y la colocación de la bandera catalana junto a la española estuvo muy bien hecho, sólo un poco más del 20% del resto de los españoles es de dicha opinión, mientras que alcanza el 40% entre estos últimos la opinión contraria, esto es, que estuvo mal o muy mal que se consintiera la catalanización de los Juegos. Por todo ello, no sorprende tanto que en Cataluña como en el resto de España la opinión

pública se encuentre dividida en casi partes iguales entre los que consideran que los Juegos contribuyeron a mejorar las actitudes hacia Cataluña en el resto de España así como a fortalecer los lazos que unen a ambas partes, y los que opinan que esa contribución fue escasa o nula (Hargreaves y García Ferrando, *op. cit.*, p. 80).

De este modo se constata que un fenómeno aparentemente globalizador como es la celebración de unos Juegos Olímpicos, puede contribuir simultáneamente a reforzar la imagen internacional tanto del país como de la ciudad que los acoge, sin dejar por ello de tener una fuerte influencia en el precario equilibrio identitario local/nacional entre centro y periferia. Además, los Juegos de Barcelona 92 suministran también un ejemplo que contradice la visión estereotipada de una cultura occidental, sobre todo americana, que inunda con sus mensajes el mundo entero. Pero como señala Robertson (2000, pp. 20 y ss.), la única evidencia empírica de que se dispone pone de manifiesto que incluso los mensajes culturales que provienen directamente de los Estados Unidos (CNN, Hollywood) son recibidos e interpretados de manera diferenciada; esto es, los grupos “locales” “absorben” la comunicación del “centro” de muy diversas maneras. Pues bien, en este sentido la investigación realizada sobre la retransmisión de la ceremonia de apertura de los Juegos de Barcelona 92 en 23 países de los cinco continentes, puso de relieve que aunque todos los países recibieron la misma señal emitida por el canal olímpico, cada uno de ellos realizó su propia selección e interpretación (Moragas *et al.*, 1995).

El Campeonato de Fútbol EURO 96 y la precaria identidad europea

La celebración del Campeonato Europeo de Fútbol en el verano de 1996 en Inglaterra, ofreció otra oportunidad para observar las relaciones que se establecen entre deporte e identidad nacional, cuando el ámbito de la competición deportiva es una entidad territorial que por un lado es transnacional, pero que por otro se encuentra en proceso de construcción de una nueva unidad identitaria, Europa.

Los sociólogos ingleses Joseph Maguire y Emma K. Poulton (1999) llevaron a cabo un detallado análisis de contenido de la cobertura que ofreció la prensa inglesa durante la celebración de esta competición futbolística y, como veremos seguidamente, ofrece unos resultados que ponen de manifiesto, una vez más, la por ahora insoluble paradoja que ofrece la convocatoria de competicio-



La final del Campeonato de Europa de Fútbol 1996, disputada entre Inglaterra y Alemania, provocó una auténtica inundación de titulares y comentarios patrioterros y xenófobos. (Foto: <http://www.sxc.hu/photo/561977>)

nes deportivas de carácter internacional que fomentan, por el mero hecho de su celebración, el internacionalismo, a la vez que refuerzan las identidades nacionales de los equipos participantes. Un reforzamiento nacionalista que promueve la aparición de fuerzas sociales y políticas de signo contrario al del avance del espíritu de solidaridad internacionalista en particular, y de los procesos de globalización en general.

El análisis de contenido se dirigió preferentemente a estudiar la aparición y presencia de estereotipos y símbolos nacionales, el lenguaje narcisista, la identidad nacional y el uso de pronombres personales, la referencia a tradiciones inventadas y a nostalgias de tiempos históricos pasados en idéntico sentido general que la idea de la invención de la tradición de Hobsbawn y Ranger (1983), así como su “imaginación” como sugiere Anderson (1983), y asuntos relacionados con la construcción política de una identidad europea.

Como breve y significativa muestra del ambiente que rodeó a estos campeonatos, se pueden citar los titulares de prensa que glosaron el encuentro Inglaterra-Escocia, el de España-Inglaterra y la final que enfrentó a los equipos de Alemania e Inglaterra.

El encuentro Inglaterra-Escocia abrió la serie de titulares manifiestamente nacionalistas. El popular tabloide *Sun* se refirió al día previo al partido como el de “la batalla de Inglaterra”, y el *Daily Mirror* anunciaba que el “ejército escocés había invadido Londres”. En prácticamente todos los periódicos se hicieron referencias a los jugadores en paralelo a los dos bandos históricos, Lionhearts y Bravehearts, que se habían enfrentado en repetidas batallas antes de que los ingleses anexionaran Escocia al Reino Unido. Tras el triunfo del equipo inglés, aparecieron repetidos comentarios triunfalistas y nacionalistas: “el viejo enemigo ha sido derrotado”,

“bastaron 60 segundos para destrozarlos”, “fueron pasados por la espada”, “la derrota de los clanes”.

La xenofobia hizo su aparición en los prolegómenos del encuentro contra España. “Drake dice que hundirá a los Señores” titulaba el *Sun*, mientras que *The Times* declaraba que el encuentro “iba a ser el enfrentamiento más importante entre los dos países desde 1588”. El *Daily Mirror* recordaba una de las “diez cosas desagradables que España ha dado a Europa, como la sífilis”, y después de la victoria inglesa abundaron las bromas con titulares como “Adiós Amigos”, “Son unos Don Juan”, al tiempo que exaltaban la imagen patriótica de Inglaterra.

La final, disputada entre Inglaterra y Alemania, provocó una auténtica inundación de titulares y comentarios patrioterros y xenófobos: “La guerra del fútbol se ha declarado ahora” o “Atención, Rendición”. La derrota del equipo inglés ante los alemanes, como era de esperar, dolió profundamente, y la reacción de la prensa fue la de tratar de mantener la dignidad resaltando aspectos positivos de la evidente derrota. No es de extrañar, pues, que los autores del estudio concluyeran que el Campeonato Europeo de Fútbol reforzó los sentimientos antieuropeos de los ingleses.

Los “viejos enemigos históricos” sirvieron de pretexto para reforzar las bases de la frágil identidad inglesa del yo/nosotros, mientras que el discurso mediático reflejó las preocupaciones inglesas sobre el declive nacional, la fragmentación de Gran Bretaña y la integración europea, recurriendo repetidas veces a tratar la nostalgia y la afirmación y defensa étnicas. Sucesos todos ellos que corroboran las penetrantes reflexiones realizadas por Norbert Elias en su análisis de la trayectoria seguida por la nación alemana a lo largo del siglo xx:

Un sorprendente ejemplo de nuestro tiempo es el que ofrecen las imágenes y el ideal propios de naciones que fueron poderosas en el pasado pero cuya superioridad con respecto a otras ha declinado... El resplandor de su vida colectiva como nación ha desaparecido; su superioridad se ha perdido irremediamente. Sin embargo, el sueño de su carisma especial se conserva vivo en una diversidad de maneras –a través de la enseñanza de la historia, de edificios venerables, de obras maestras nacionales de sus tiempos de esplendor, o a través de nuevos logros que aparentemente confirman la grandeza del pasado... Pero la discrepancia entre la posición del grupo, la real y la imaginada... puede sugerir una estrategia del grupo para alcanzar la imagen fantasiosa de la propia grandeza que puede conducir a la autodestrucción... Los sueños de las naciones son peligrosos (Elias, 1989/1996, p.xliii).

Unos sueños nacionalistas que la globalización deportiva en lugar de moderar, puede volver a despertar como una manifestación más de las paradojas de la globalización.

Las limitaciones del fútbol global: el Campeonato del Mundo de Corea-Japón 2002

La celebración del Campeonato del Mundo de Fútbol de 2002 organizado conjuntamente por Corea y Japón, suministra un ejemplo reciente de las paradojas de los megaeventos deportivos, en concreto del deporte que más que ningún otro puede reclamar la consideración de “juego global” (Giulianotti, 1999), pero en el que la constante referencia al nacionalismo limita grandemente sus pretensiones de globalidad.

El sociólogo australiano David Rowe siguió en diversos países las retransmisiones de los encuentros que tuvieron lugar durante las semanas que duró la competición, y el relato que hace de sus observaciones bien pueden aducirse como una manifestación relevante de la paradoja nacionalista del deporte global (Rowe, 2003).

El hecho de que la competición fuese organizada conjuntamente por dos países que a lo largo del siglo xx habían mantenido unas relaciones ciertamente conflictivas por la colonización a que fue sometida Corea por parte de Japón en las primeras décadas del siglo xx, conflicto que sólo comenzó a atenuarse a partir del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países en 1965, puede aducirse como prueba del carácter universalista y pacificador de los Campeonatos del Mundo de Fútbol (Horne y Manzenreiter, 2002). Como también es una manifestación de la penetración del capitalismo transnacional en el deporte de alta competición el hecho del dominio de la triada formada por Estados Unidos, Unión Europea y Japón en las actividades económicas internacionales, ya que de las 16 grandes empresas patrocinadoras del Campeonato, 15 pertenecían a la triada (seis americanas, dos europeas y seis japonesas), mientras que sólo la empresa restante era coreana (Horne y Manzenreiter, *op. cit.*).

Pero como señala Rowe (2003, p. 287), se trata de elementos globalizadores que sólo consiguen hacer de débil contrapeso al ultranacionalismo de este tipo de Campeonatos del Mundo. Es bien cierto que si se tiene en cuenta que la final del Campeonato de Corea 2002 entre las selecciones de Brasil y Alemania fue vista por televisión por una audiencia estimada de 1.500 millones

de telespectadores, colectivamente expuestos a los logotipos corporativos de marcas comerciales globales tales como Nike, Adidas, Yahoo!, McDonalds, Budweiser, Philips o Fujifilm, parece evidente que el deporte es el más “atento servidor para todo” de la globalización. Los megaeventos deportivos son, en este sentido, escaparates de una cultura global cada vez más y mejor desarrollada en la que “todo el mundo” ve la misma cosa por televisión al mismo tiempo. Tales megaeventos son, en palabras de Maurice Roche (2000, p.227), importantes elementos constitutivos de una “economía cultural global en evolución”.

Pero esta evidente contribución del deporte espectáculo de masas al proyecto de globalización se enfrenta al ethos deportivo de la competitividad que da soporte a la nación deportiva (real, legal o imaginada) (Rowe, *op. cit.*, p. 285). Un nacionalismo deportivo que puede manifestarse incluso en países cuyos equipos no estuvieron presentes en la fase final del Campeonato celebrado en Corea 2002, pero en los que el fútbol es un deporte popular. Los aficionados holandeses siguieron el Campeonato con interés aunque Holanda no estuvo presente en Corea, y a pesar de su mayor identificación con los equipos de países participantes en los que juegan habitualmente jugadores holandeses, algunos medios de comunicación deportivos recogieron abundantes manifestaciones de identificación negativa referidas a equipos que los aficionados holandeses no deseaban que ganasen, como es el caso de los equipos de Francia y Alemania, lo que no deja de ser una paradoja de la unidad de Europa que cabía esperar (Rowe, *op. cit.*, p.289).

Las expresiones espectaculares del nacionalismo de Corea del Sur, con más de cuatro millones de aficionados coreanos celebrando en las calles el inesperado triunfo de su equipo que le permitió alcanzar los cuartos de final, una auténtica hazaña para un país con escasa tradición futbolística, pueden también interpretarse en términos funcionalistas como una válvula de seguridad de resistencia contra la globalización, a la vez que actúa como reforzamiento cultural de las viejas estructuras y fronteras que se desean preservar (Rowe, *op. cit.*, p. 291).

Conclusión: lo global y lo local en el deporte contemporáneo

En el presente trabajo hemos desarrollado el argumento de que la constante evocación de la nación en el deporte, en tanto que punto de anclaje y proclama

congregadora de multitudes, puede y debe identificarse como contra argumento frente a las tesis globalizadoras más complacientes con la concepción de unos procesos transformadores en todos los niveles, conducentes a una cultura global común.

Pero tal como se ha podido comprobar en los ejemplos analizados, el deporte es una institución social tan dependiente de factores locales/nacionales que hace altamente improbable que se pueda configurar algún día como una institución postnacional. Sin embargo, tampoco parece que pueda ser desprovista sustancialmente de su capacidad “productiva” para promover diferentes formas de identidad, porque éstas son, simultáneamente, la fuente de su poder efectivo y de los impedimentos activos al proceso de globalización. Pero como ya se ha ido indicando anteriormente, esta manera de entender la globalización tiene mucho de retórica y de mitológica, al ser utilizada como un proceso opuesto a la localización. Por eso, si se utilizara el término glocalización en vez del de globalización, se tendrían más en cuenta las dimensiones espacio-temporales, la geografía y la historia, lo que permitiría analizar e interpretar mejor el mundo contemporáneo. En tal caso el deporte, tal como hemos sugerido, continuará suministrando valiosos ejemplos para glosar un modo de glocalización con cuyas paradojas se continuará coloreando la mundialización en el siglo XXI.

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities*. Londres: Verso.
- Cagigal, J. M. (1981). *¡Oh Deporte! Anatomía de un gigante*. Valladolid: Miñón.
- Chung, H. (2003). Sport Star vs. Rock Star in Globalizing Popular Culture. *International Review for the Sociology of Sport*, 38, pp. 99-108.
- CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) (1992). *Estudio 2018. Barómetro*, Madrid.
- Cohen, R. y P. Kennedy (2000). *Global Sociology*. Nueva York: Palgrave.
- Donnelly, P. (1996). The Local and the Global: Globalization in the Sociology of Sport. *Journal of Sport and Social Issues*, 20, pp. 239-257.
- Elias, N. (1989/1996). *The Germans*. Cambridge: The Polity Press.
- Ferguson, M. (1992). The mythology about globalization. *European Journal of Communication*, 7, pp. 41-59.
- García Ferrando, M. (1990): *Aspectos Sociales del Deporte*, Madrid, Alianza.
- (1990). *Los hábitos deportivos de los españoles*. Madrid, Ministerio de Educación/Consejo Superior de Deportes.
- (2001). Identidad nacional y deporte. En J. Devis (coord.), *La Educación Física, el Deporte y la Salud en el siglo XXI*. Alcoy: Ed. Marfil, pp. 161-180.
- (2003). Mundialización y Deporte profesional. En J. Vidal Beneyto (coord.), *Hacia una sociedad global*. Madrid: Taurus, pp. 625-644.
- (2005). Globalización y Deporte: Paradojas de la Glocalización. En A. Ariño (ed.), *Las Encrucijadas de la Diversidad Cultural*. Madrid: CIS, pp. 453-466.
- García Ferrando, M. y J. Hargreaves (2001). Das Olympische Paradox und Nationalismus: Der Fall der Olympischen Spiele in Barcelona, en K. Heinemann y M. Schubert (coords.), *Sport und Gesellschaften*, Schorndorf, Verlag Hofmann, pp. 63-86.
- García Ferrando, M. y Lagardera, F. (2002). La perspectiva sociológica del deporte. En M. García Ferrando, N. Puig y F. Lagardera, *Sociología del Deporte*. Madrid: Alianza, pp. 11-42.
- García Ferrando, M.; E. López-Aranguren y M. Beltrán (1994). *La conciencia nacional y regional en la España de las Autonomías*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e Identidad del Yo*. Barcelona: Península.
- Giner, S. (1987). *Ensayos Civiles*. Barcelona: Península.
- (1997). La Mundialización: Venturas y Desventuras. En I. Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*. Barcelona: Icaria, pp. 9-15.
- Giulianotti, R. (1999). *Football. A Sociology of the Global Game*. Cambridge: The Polity Press.
- Greenfeld, L. (1992). *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hargreaves, J. y M. García Ferrando (1997). Public opinion, national integration and national identity in Spain: the case of the Barcelona Olympic Games. *Nations and Nationalism*, 3/1, pp. 65-87.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger (eds.) (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Horne, J. y W. Manzenreiter (2002). *Japan, Korea and the 2002 World Cup*. Londres: Routledge.
- Horne, J. y W. Manzenreiter (2006). An introduction to the sociology of sports mega-events, *Sociological Review*, vol. 54, pp. 1-24.
- Maguire, J. (1993). Globalization, Sport and National Identities: The Empires Strike Back. *Loisir et Societé/Society and Leisure*, 16, pp. 293-322.
- Maguire, J. (1999). *Global Sport: Identities, Societies, Civilizations*. Cambridge: The Polity Press.
- Maguire, J. y Poulton, E. K. (1999). European Identity Politics in Euro 96, *International Review for the Sociology of Sport*, 34/1, 17-29.
- Mandell, R. (1971). *The Nazi Olympics*. New York: Macmillan.
- Moragas, M. et al. (1995): *Television in the Olympics*. Londres: John Libbey.
- Robertson, R. (1992). *Globalization: Social Theory and Global Culture*. London: Sage.
- Robertson, R. (2000). Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad, *Zona Abierta*, 92/93, pp. 213-241.
- Roche, M. (2000). *Mega-events and Modernity: Olympics and Expos in the Growth of Global Culture*. Nueva York: Routledge.
- Rowe, D. (2003). Sport and the Repudiation of the global. *International Review for the Sociology of Sport*, 38/3, pp. 281-294.
- Silk, M. (1999). Local/global flows and altered production practices, *International Review for the Sociology of Sport*, 34/2, pp. 113-123.